

Francesco Sauro

EL CONTINENTE OSCURO

**LOS MISTERIOS SUBTERRÁNEOS DEL MUNDO
QUE SE OCULTA BAJO NUESTROS PIES**

Traducción de Lucía Alba Martínez

Alianza Editorial

Título original: *Il continente buio. Caverne, grotte e misteri sotterranei. Alla scoperta del mondo sotto i nostri piedi*

Primera edición: marzo de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© il Saggiatore S.r.l., Milano, 2018

Published by special arrangement with The Ella Sher Literary Agency

© de la traducción: Lucía Alba Martínez, 2026

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026

Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-204-7

Depósito Legal: M. 141-2026

Printed in Spain

ÍNDICE

Introducción	13
--------------------	----

PRIMERA PARTE DENTRO DE LA TIERRA

El Umbral	25
La Oscuridad	51
El Silencio	73
El Abismo	97
El Laberinto	127
El Tiempo	161
La Ultratierra	189

SEGUNDA PARTE LOS ÚLTIMOS EXPLORADORES

El Río y la Antorcha	217
<i>Homo explorator</i>	241
Odisea	269

TERCERA PARTE
OTROS MUNDOS

Mundos perdidos	293
El Lado oscuro	319
La Salida	343

APÉNDICE

Muestrario etimológico del continente oscuro	353
Agradecimientos	385
Créditos de las imágenes	389



El Abismo de la Vía Antica, Spluga della Preta, montes Lessini, Veneto. El acceso a esta gran sala no fue descubierto hasta 2003, después de casi ochenta años de exploraciones. – *Foto Sandro Sedran.*



Río subterráneo Saint Paul, Palawan, Filipinas. Centenares de miles de golondrinas *Aerodramus* anidan en las salas subterráneas adentrándose a lo largo de kilómetros en el interior de la montaña. – Foto Vittorio Crobu / La Venta.



Abismo de la Pierre Saint-Martin, Pirineos, Francia. La Sala de la Verna es el ambiente subterráneo más grande descubierto hasta ahora en Europa, con 2,6 millones de metros cúbicos de volumen. En la foto, las siluetas de los espeleólogos se pierden en la inmensidad de la cueva. – *Foto Brice Maestracci.*



Abismo de la Pierre Saint-Martin, Pirineos, Francia. Descenso del Pozo Lèpineux, una vertical de 320 de profundidad. Muy cerca de su base se produjo el accidente que le costó la vida a Marcel Loubens. – *Foto Brice Maestracci.*



Abismo de la Pierre Saint-Martin, Pirineos, Francia. Desde las primeras exploraciones de los años cincuenta, este sistema subterráneo ha sido explorado a lo largo de más de 80 kilómetros de desarrollo y 1410 de profundidad. – *Foto Brice Maestracci.*



Abismo de la Pierre Saint-Martin, Pirineos, Francia. El río subterráneo que atraviesa la gran Sala de la Verna, el fondo histórico de la Pierre Saint-Martin. – *Foto Brice Maestracci.*



Sistema de los Piani Eterni, Parque Nacional de los Dolomitas de Belluno, Italia. La «Posada de los Bucaneros» es el principal campamento subterráneo del que parten las exploraciones hacia las regiones más remotas del sistema y el acceso de la Cueva Isabella. – *Foto Francesco Sauro.*



Sistema de los Piani Eterni, Parque Nacional de los Dolomitas de Belluno, Italia. Descendiendo a los pozos que llevan al laberinto paleofreático profundo. – *Foto Lorenzo Rossato.*



Sistema de los Piani Eterni, Parque Nacional de los Dolomitas de Belluno, Italia. Las zonas iniciales del abismo están ocupadas por grandes depósitos de hielo subterráneo. – Foto Francesco Sauro.



Sistema de Krem Puri, Meghalaya, India. Con más de 25 kilómetros de desarrollo, esta cueva se ramifica como un laberinto geométrico, donde cada encrucijada se repite con el mismo aspecto hasta el infinito. – Foto de Toby Hammet / *Caving in the Abode of the Clouds*.



Cueva Lechuguilla, Nuevo México, EE.UU. Estalactitas y estalagmitas formadas en el curso de cientos de miles de años mediante la precipitación del carbonato de calcio. – Foto Robbie Shone.





Molino del Kraken, Russel Glacier, Groenlandia. Remontando durante la noche desde las profundidades del hielo iluminados por la aurora boreal. – *Foto Alessio Romeo / Inside the Glaciers*



Molino del Kraken, Russel Glacier, Groenlandia. El dron de Flyability se prepara para bajar hacia el fondo del abismo de hielo. – Foto Alessio Romeo / *Inside the Glaciers*.



Molino del Kraken, Russel Glacier, Groenlandia. El biólogo Joseph Cook me enseña unos cristales de hielo; el hielo profundo atrapa en su interior algas y bacterias. – Foto Alessio Romeo / *Inside the Glaciers*.





Cueva de los Cristales, Naica, Chihuahua, México. Con el pesado traje congelado bautizado como «Tolomea» nos movemos lentos a través de la selva de cristales de selenita. – Foto Paolo Petrignani / La Venta.



Cueva de los Cristales, Naica, Chihuahua, México. Antes de entrar en el infierno de la cueva ponemos a punto el respirador y verificamos las comunicaciones por radio. – Foto Francesco Lo Mastro / La Venta.



Cuevas de Škocjan, Divača, Eslovenia. La vía de rescate, esculpida en la roca entre 1884 y 1890, serpentea a lo largo de las paredes escarpadas sobre el tumultuoso río Reka. – Foto Borut Lozej.



Cueva de Ulugh Begh, Baisun Tau, Uzbekistán. Antonio De Vivo supera un pasaje congelado hacia el Pozo Tamerlán. – Foto Tullio Bernabei / La Venta.



Malga Preta, Veneto, Italia. Giuseppe Troncon recién salido de una incursión de más de 48 horas en la Spluga della Preta, en la época de la Operación Corno d'Aquilio. – Foto Ezio Anzanello / OCA.



Cuevas de Škocjan, Divača, Eslovenia. Astronautas de la NASA, la ESA, la JAXA, la CSA y ROSCOSMOS vuelven sobre los pasos de los pioneros que exploraron el Reka subterráneo más de un siglo antes. – *Foto Alessio Romeo / ESA.*



Karst clásico, Trieste, Italia. El campo base de los astronautas durante las misiones de adiestramiento CAVES organizadas por la Agencia Espacial Europea. – *Foto Alessio Romeo / ESA.*



Imawarí Yeuta, Auyan Tepui, Venezuela. La sombra de un explorador se proyecta sobre la gran cascada de Rátó, la diosa del agua. – Foto *Robbie Shone / La Venta*.



Cueva de Yanadaima Ewutu, Sarisariñama Tepui, Venezuela. Dentro de los tepuyes de Venezuela el mundo mineral y el microbiológico con frecuencia se funden, creando formaciones enigmáticas de una rara belleza. – Foto Vittorio Crobu / La Venta.



Lanzarote, islas Canarias, España. Un tubo de lava se lanza al océano Atlántico, como la boca de un gigante de piedra que lucha contra los monstruos del mar. – *Foto Alessio Romeo.*

*En memoria de Giovanni Badino,
Giuseppe Troncon y Gianni Cergol,
amigos, maestros, exploradores
del continente oscuro.*

*Nul être humain ne nous a précédé dans ces profondeurs,
nul ne sait où nous allons ni ce que nous voyons, rien d'aussi
étrangement beau ne s'est jamais présenté à nos yeux, ensemble
et spontanément nous nous posons la même question réciproque:
est-ce que nous ne rêvons pas?*

Ningún ser humano nos ha precedido en estas profundidades, nadie sabe adónde vamos ni qué vemos, nunca nada tan extrañamente bello se ha presentado ante nuestros ojos, juntos y espontáneamente nos hacemos la misma pregunta: ¿no estaremos soñando?

Édouard-Alfred Martel,
Les Causses du Languedoc, 1889

INTRODUCCIÓN

He visto el horizonte, las estrellas, el cielo. El cielo era negro, completamente negro, una oscuridad impenetrable. Las estrellas se movían rápidas ante mi vista y su esplendor destacaba en ese fondo oscuro. He visto la circunferencia de la Tierra. El horizonte sobre la superficie es de un color azul maravilloso que se vuelve cada vez más intenso, pasando a tonalidades de rojo, para después convertirse en negro absoluto.

Era el 13 de abril de 1961. El día anterior, Yuri Gagarin había sido el primer hombre en volar al espacio y completar una órbita alrededor de la Tierra: ahora podía contar su visión de nuestro planeta, el horizonte curvado, la oscuridad del espacio, el azul de la atmósfera. Mediante palabras metabolizaba aquello que, por primera vez, había podido ser percibido por un hombre: la Tierra en su totalidad, una esfera lanzada a la inmensidad del universo.

Ese relato tan lúcido parecía anunciar el fin de la exploración de nuestro planeta y el comienzo de una nueva aventura

más allá de su superficie. Los continentes podían abarcarse de un solo vistazo, y con ellos los océanos, las montañas, los lagos, los desiertos y los bosques: todo había pasado de la representación imaginativa a la percepción real y definitiva. Visto desde arriba, solo quedaba el contraste entre aquella esfera de colores tan maravillosos y la oscuridad inescrutable del universo que la rodeaba.

Nuestro viaje para llegar a una visión tan completa de la Tierra comenzó mucho antes de aquel día de primavera, hace más de 200.000 años, en las sabanas africanas. Al principio, el espacio que nos rodeaba se percibía en función de los recursos que contenía para la supervivencia de nuestra especie, y cada paso más allá del límite de lo visible venía dictado por la necesidad de ampliar nuestras posibilidades y conquistar nuevos territorios atravesando tierras desconocidas. El hombre era ya un explorador, pero no lo sabía. El mundo circundante se detenía en las fronteras de lo conocido, más allá solo había oscuridad y mito. En esta ardua búsqueda de nuevos espacios y en el deseo de romper los límites percibidos, la cueva era la representación condensada del mundo. Utilizada a menudo como refugio de la intemperie exterior, más allá del umbral, de las sombras se pasaba gradualmente a la oscuridad absoluta e infranqueable, donde se escondían criaturas y formas aterradoras.

El descubrimiento del fuego hizo posible el primer paso; fue sin duda en ese momento cuando el hombre empezó a tomar conciencia de sí mismo. La lucha constante entre el miedo y la curiosidad hizo que el viaje en las cuevas y en el más vasto subsuelo quedara relegado a la magia. El fuego era nuestro amigo, es cierto. Pero su llama solo era capaz de atravesar parcialmente esas tinieblas, antes de que su energía se agotara y la oscuridad envolviese de nuevo al explorador. Más allá de la experiencia vivida y de las visiones recogidas entre las som-

bras, el único mapa posible era resultado de la fantasía, recorrido por las mismas preguntas que suscitaba la observación del cielo en una noche estrellada.

Y mientras la cueva permanecía como algo sin fin ni lugar, imposible de racionalizar, el hombre continuaba sin tregua su conquista de la superficie: hace 30.000 años, habíamos recorrido la mayor parte de Eurasia y Australia; hace 25.000 años, aprovechando que la glaciación había bajado el nivel de los océanos, avanzamos desde Siberia hasta América del Norte, atravesando impávidos bosques y cordilleras, climas distintos, descubriendo nuevas criaturas y paisajes desconocidos, hasta llegar, hace 14.000 años, a la Patagonia, al final de un viaje de 35.000 kilómetros a través de los continentes americanos. Hace poco más de mil años, el hombre había alcanzado y explorado todos los principales continentes habitables, avanzando hacia el norte hasta Groenlandia y hacia el sur hasta Nueva Zelanda. Sin embargo, la percepción de aquellos espacios desvelados a los ojos de nuestra especie se perdía con el paso de las generaciones. Era como si un velo cubriera una primera visión geográfica posible del mundo, de forma que solo podían enfocarse ciertas partes, mientras que las demás quedaban distorsionadas por la lente del tiempo, las distancias y las creencias.

Cuando ese viaje por la superficie del planeta estaba cerca de completarse, el hombre se descubrió a sí mismo como explorador. Fue quizá el nacimiento de la narración y de la escritura lo que nos dio la posibilidad de interiorizar nuestra verdadera naturaleza. El poeta ciego, Homero, era capaz de ver y narrar el mundo a través de los ojos de Ulises. Aquella visión tan sobrecogedora y asombrada ante la naturaleza, entre monstruos marinos, islas desconocidas y hombres y mujeres perdidos como hilos sueltos de un mismo pueblo terrestre, había reavivado el miedo y redefinido la necesidad de

establecer límites infranqueables, más allá de los cuales no habría sido posible ir, ni siquiera con la imaginación. Pero la necesidad de conocimiento no puede ser frenada, como relataba Dante en el canto vigésimo sexto del *Infierno*, en el que imaginaba a Ulises cruzando las Columnas de Hércules solo para ser tragado por los abismos del mar, castigado por haber transgredido los límites fijados por el conocimiento humano.

En 1492, las tres carabelas con las que Cristóbal Colón atravesó el océano Atlántico ya no representaban al hombre explorador, sino más bien el surco a través del cual la geografía del mundo se iba cosiendo poco a poco en una única malla de percepciones. Los océanos se habían convertido en la nueva superficie a recorrer, un espacio continuo, homogéneo y de conexión de todas las tierras existentes. Así, en 1511, tras seis años surcando los mares, Magallanes llevó a cabo la primera circunnavegación del planeta, demostrando definitivamente su esfericidad. La percepción del mundo se puso patas arriba. Cada lugar podía ser al mismo tiempo punto de partida y de llegada de un mismo viaje unidireccional, y la Tierra se revelaba envuelta por una superficie finita. De repente, en su inmensidad percibíamos sus límites, y la frontera ya no estaba representada por el borde de un mapa, sino por lo que estaba por encima y por debajo de nosotros. Descubrimos que nuestro jardín terrenal se limitaba a todo lo que se extendía entre el suelo y el cielo. Nada más que eso.

Sin embargo, aún existían lugares en la Tierra completamente desconocidos: aquellos en los que las condiciones ambientales, como la altitud y las temperaturas, no nos permiten sobrevivir sin el uso de tecnologías avanzadas o mediante adaptaciones de nuestros cuerpos. Pero tardamos menos de un siglo en conquistarlos también. Alcanzar los polos de la Tierra fue uno de los capítulos más fascinantes de la aventura humana, aunque en términos temporales no supusiera más

que un pestañeo. Atravesar miles de kilómetros de hielo continental o marino solo por el deseo de alcanzar el punto más lejano del planeta nos llevó a salir, más allá de todo límite, de nuestra «zona de confort», y no ya por necesidad de supervivencia, sino por simple afán de conocimiento. Y sin embargo, el Polo Sur y el Polo Norte no son más que dos puntos de escaso interés en la superficie del planeta; simplemente representan la intersección entre esta última y el eje de rotación de la Tierra. Cuando Roald Amundsen y Robert Falcon Scott llegaron al Polo Sur a principios del siglo pasado, con apenas unas semanas de diferencia, no encontraron nada especial salvo la extensión de hielo de la meseta antártica. Para poder concebir aquel lugar y aquel momento, era necesario haber metabolizado la conformación de la Tierra en el espacio. Por primera vez, aquellas expediciones se basaban en la concepción de un acto simbólico: el hombre estaba dispuesto a perder la vida por un ideal de pura exploración geográfica, como desgraciadamente les ocurrió a Scott y a sus hombres en su regreso al campamento base.

En la segunda mitad del siglo xx, el mito de las montañas más altas también cayó ante ese deseo irrefrenable. La Madre de la Tierra, el Chomolungma, que la mayoría conocemos como Everest, vio cómo por primera vez dos hombres, Tenzing Norgay y Edmund Hillary, alcanzaban su cima en 1953. Unos años más tarde, en 1959, el batiscafo *Trieste*, con Jacques Piccard y Don Walsh a bordo, se adentró hasta 10.916 metros bajo la superficie del mar, en la Fosa de las Marianas, el lugar más profundo de la superficie terrestre y, al igual que el espacio, también envuelto en una oscuridad impenetrable. La tecnología también había ganado este último desafío.

Es precisamente en el momento en que la nave *Vostok 1* cruza la línea del amanecer durante su primera órbita cuando la Tierra en su realidad definitiva puede ser finalmente perci-

bida por el hombre. En las transcripciones de ese primer vuelo del hombre al espacio, de menos de dos horas, Gagarin pronuncia la frase «Vižu Zemlju», «Veo la Tierra», más de veinte veces en menos de una hora. Es la visión lo que marca la diferencia. Como cuando miramos una montaña inmensa y ya nos imaginamos la cima aun sin haberla alcanzado nunca. Como cuando vemos desaparecer el océano tras la curvatura del planeta. Es la mirada la que nos permite crear la geografía.

Pero ¿qué ocurre cuando no podemos ver? En su viaje, el hombre solo le ha dado la espalda a un lugar totalmente envuelto en las tinieblas: la cueva. Ese espacio cuyos límites están donde empieza a extinguirse la luz mortecina de la antorcha. La oscuridad que se extiende bajo nuestros pies no puede ser percibida sino solo imaginada. Y ese paso de la luz a las tinieblas, de la realidad a la imaginación, es el que da inicio al continente oscuro y a la historia de este libro.

Durante los últimos veinte años, buena parte de mi vida, he tenido el privilegio de poder echar un vistazo más allá de la superficie. La imagen que podemos tener de lo que hay ahí es necesariamente fragmentaria, porque el continente oscuro no es como una montaña que pueda observarse en su totalidad incluso sin recorrerla. La cueva, el mundo subterráneo, solo puede conocerse metro a metro, iluminando cada segmento de ella con nuestra fuente de iluminación. Exactamente como ocurrió hace miles de años, cuando los primeros *Homo sapiens* se adentraron en una caverna para traspasar ese límite del conocimiento. En una época en la que las tecnologías de sonar, radar y satélite nos permiten incluso cartografiar el fondo marino con altísima resolución y penetrar las copas de los árboles de las selvas tropicales para observar el suelo con una precisión milimétrica, aún no existe ningún instrumento

que nos permita ver con claridad y detalle por debajo de la superficie de nuestro planeta. Y así, el continente oscuro ha permanecido como la última gran frontera de la exploración terrestre. Un lugar donde todavía podemos jugar y redescubrir nuestra naturaleza atávica de exploradores.

A lo largo de estos años he podido adentrarme en cuevas de distintos lugares del mundo, desde Europa hasta Asia Central, desde los desiertos y selvas de México hasta el casquete glaciar de Groenlandia, desde las playas de Filipinas hasta los bosques de los Urales, pasando por el interior de los volcanes de las islas Canarias, los glaciares de los Alpes y las entrañas de los relieves amazónicos de Brasil, Colombia y Venezuela. He creado nuevos mapas de más de cien kilómetros de rutas subterráneas de hasta más de mil metros de profundidad. Un mundo que nunca ha dejado de generarme asombro. Pero, sobre todo, he tenido la suerte de conocer al explorador originario a través de la figura de muchos compañeros de aventura, personas que sin darse cuenta han encontrado en la espeleología su forma de expresión más sublime.

Ahora creo que ha llegado el momento de sacar a la luz este recorrido que, de otro modo, permanecería inmerso en la oscuridad. Sacar a la luz significa a menudo levantar el velo del misterio, despojar a mundos lejanos de su encanto y «arrastrarlos a la fuerza» al ámbito de lo real. Pero esto no me preocupa: el encanto y la magia no se desvanecerán, porque si algo he aprendido es que en el continente oscuro la realidad siempre supera a la imaginación.

Afrontar este viaje con mirada de niño o de científico no cambia la perspectiva: se observen las cuevas a través del prisma de la racionalidad o de la visión del mito ancestral, de la leyenda, la sensación de sacralidad que se experimenta es la misma. Uno siempre se enfrenta a nuevos interrogantes y debe rendirse ante la imposibilidad del conocimiento absoluto.

La palabra «espeleología» deriva del griego *spélaion* («cueva») y *lógos* («discurso»). Por tanto, significa hablar de la cueva, de su naturaleza, de su contenido, pero también relatar la sombra del hombre en su interior. Por eso he dividido el libro en tres partes, la primera dedicada a la cueva y sus elementos esenciales: el Umbral, la Oscuridad y el Silencio. A continuación, la visión general del continente oscuro se encarna en las profundidades del Abismo y se expande en el entramado del Laberinto, donde las posibilidades y los desvíos son infinitos para quienes se encontrasen atrapados en él. Del mismo modo, es fundamental considerar que la cuarta dimensión, el Tiempo, también forma parte de ese espacio, entre cavidades de millones de años de antigüedad y otras más efímeras que la vida de un hombre. Descendiendo más profundamente, buscaremos las raíces, hasta dónde se extienden los vacíos explorables en el viaje hacia el centro de la Tierra, es decir, los volcanes, la lava, y cómo están conectados con la energía interna del planeta, hasta llegar a la Ultratierra, esos lugares profundos a los que ni siquiera podemos llegar con la imaginación.

La segunda parte del libro, en cambio, está dedicada a los últimos exploradores geográficos de nuestro tiempo: los espeleólogos. De su pasión por la investigación y su obsesión por lo desconocido surgen historias que atraviesan los dos últimos siglos y que han permitido definir el continente oscuro y a los que lo habitan, a veces tan temerarios y enigmáticos, dispuestos a afrontar dificultades y riesgos inimaginables con tal de avanzar un metro más en el camino del conocimiento. En mi trabajo, he tenido la suerte de compartir la exploración con investigadores de todas las disciplinas y he descubierto con estupor que en la imagen del espeleólogo se refleja la del astronauta. Dos personalidades tan aparentemente diferentes como similares en su sensibilidad, proyectados hacia la mis-

ma oscuridad, el uno hacia el interior del planeta y el otro hacia los límites del universo lejano: no es casualidad que sea la figura de Gagarin la que abre este libro.

Finalmente, en la última parte del relato, he querido imaginar otros continentes oscuros, desde las inmensas y misteriosas cuevas de los tepuyes venezolanos, hasta los gigantescos tubos de lava bajo la superficie gris de la Luna, o los profundos pozos que observamos en la superficie roja de Marte. Un viaje no tanto a través de lo que conocemos, sino más bien en busca de lo que podría existir, pero que se encuentra todavía más allá de nuestro horizonte. La hoja en blanco que se extiende más allá del mapa. La razón por la que siempre queremos ir más allá, en la que se basa toda la historia de la humanidad. Y tal vez la vida misma.

PRIMERA PARTE
DENTRO DE LA TIERRA

EL UMBRAL

La primera sensación es el miedo. Llega y se propaga por las venas como un hormigueo, uno siente nítidamente los latidos de su corazón. Lo instintivo es apartar la mirada, pensar en otra cosa, fingir que esa entrada entre las rocas no existe. No recuerdo bien aquel día. En una foto, rodeados por un anfiteatro rocoso, se ve a mis abuelos maternos, a mi madre con la funda de la cámara, a mis hermanas y a mí con unos cascos viejos de plástico, cada uno del doble del diámetro de nuestras cabezas. Yo sostengo una campana de latón entre los dedos. Escarbando en los sentimientos de aquel día, me parece recordar que la llevaba conmigo para hacerla sonar una vez que entráramos en la cueva. Tenía miedo de lo que no podía ver, que en aquel caso se materializaba en un zorro. Al fin y al cabo, el orificio se llamaba así: Cueva del Zorro. Era lógico, por tanto, para un niño de cuatro años imaginarse que mientras gateaba por las galerías podría toparse con ese animal

que, seguramente molesto por verlo en su madriguera, podría morderle. ¿Hacer sonar la campanilla nos habría salvado?

Arrastrándose a través del umbral entre piedras inestables, mi padre me exhortó a no tener miedo, diciéndome que a los pocos metros entraríamos en una gran cueva por la que se podía caminar y la oscuridad se perdía en espacios desconocidos. Pero sus ánimos no resultaban convincentes; al contrario, amplificaban aún más aquella sensación de impotencia ante la oscuridad. En algún momento la oscuridad se impuso. Lloré. Y mientras mis hermanas avanzaban, me volví hacia la penumbra de la salida, buscando la voz de mi madre. Había cruzado el umbral pero el miedo había ganado el pulso.

La Cueva del Zorro es una de las muchas entradas a los montes Lessini, en la zona de los Prealpes veroneses. Es una zona «kárstica», donde el agua consigue infiltrarse en el subsuelo y disolver las rocas calizas, creando a lo largo de milenios una red de cavidades misteriosas. Las corrientes subterráneas, a través de rutas en su mayoría desconocidas, vuelven a aflorar en una zona de exuberantes manantiales, en el pueblo de Montorio, justo al norte de la ciudad de Verona.

Cuando era niño, pasábamos los fines de semana y las vacaciones en esas montañas, en casa de nuestros abuelos paternos. Los paseos por el bosque con nuestros padres, incluso las escapadas a unos cientos de metros de casa, nos llevaban a menudo a asomarnos a unos agujeros en el suelo que los montañeses llamaban «*splughe*». Eran entradas a cavidades verticales peligrosas y sin fondo, a menudo cercadas con alambre de espino. Había muchísimas, sobre todo ahí donde pastaban los rebaños durante la alzada, y la peor pesadilla de los pastores era que una vaca se cayera en ellas. A mi abuela, cuando nos alejábamos demasiado de casa y a nuestro regreso le contábamos que habíamos visto uno de aquellos agujeros, le aterrorizaba la idea de que nosotros también pudiéramos

caernos dentro y no consiguiéramos salir, perdidos quién sabe dónde.

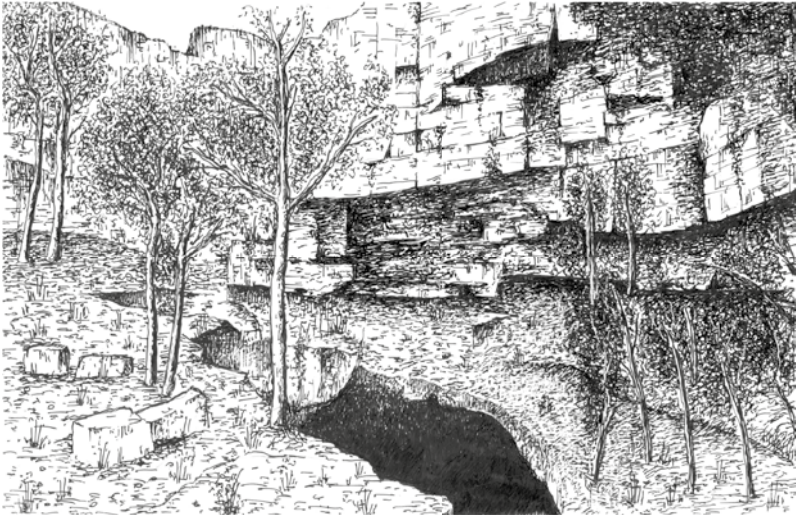
Las cuevas, las simas, las cavernas subterráneas nunca han sido percibidas como lugares interesantes, sino como un peligro, accesos a un mundo que era mejor no observar desde demasiado cerca. Había que cerrarlas, obstruyéndolas con piedras recogidas en el campo, tierra, ramas y hojas hasta que también desaparecían de la memoria. Muy a menudo, sin embargo, con la primera lluvia volvían a abrirse, dejando claro que bajo ellas se abrían cavidades tan vastas que no podían ser llenadas.

Al igual que en todo el mundo, en los montes Lessini tampoco faltaban las leyendas sobre cuevas. Hacia el final de la escuela primaria, encontré en la biblioteca de mi abuelo un libro titulado *Los Cuentos del Filò*. El Filò era el momento en que, al caer la noche, las familias montañesas se reunían en el establo al calor del aliento de los animales. Antes de irse a dormir, los hombres se contaban los acontecimientos del día, las mujeres hilaban y las chicas esperaban la visita de algún joven pretendiente de las comarcas vecinas. Pero el momento más esperado era el de los cuentos de hadas relatados a los niños. Era una tradición que había desaparecido por completo con la llegada de la televisión, pero un señor de la zona había memorizado las historias y las había transcrito en el libro que yo tenía entre las manos. Cada noche leía una antes de irme a dormir. Eran bastante terroríficas, y el mundo subterráneo estaba a menudo presente. En las cuevas, llamadas «*cóvoli*» en el dialecto local, vivían las «*fade*» y los «*orchi*», que raptaban a cualquiera que se aventurara por allí, atrayéndolo al interior de la montaña mediante la seducción o la promesa de la vida eterna. Una vez que el incauto montañés sucumbía a la tentación de entrar, las rocas se cerraban tras él, aprisionándolo para siempre. En otras cuevas se escondían los ban-

didados o los falsificadores instalaban sus fraguas, mientras que pasar por la noche frente a algunas grutas podía provocar el despertar del basilisco, la serpiente voladora con cresta de gallo. Quien se lo encontraba se quedaba mudo para siempre, incapaz de describir lo que había visto. Todas las historias se desarrollaban en lugares reales cuyos nombres se me quedaron grabados con una sensación de terror y curiosidad. Era evidente que aquellas leyendas se contaban con la intención de alejar a los niños del peligro. Pero a pesar del miedo, me dejaban una sensación de fascinación que me impedía dormir por las noches.

Un día (calculo que tendría unos siete años) mi padre decidió llevarnos a Camposilvano, un pueblecito de los montes Lessini, famoso por el Valle delle Sfingi, una hondonada herbosa caracterizada por la presencia de bloques y laberintos de roca esculpidos por los elementos. Allí, en medio del bosque, se abre una enorme cueva. Para acceder a ella hay que subir por un corto sendero desde una vieja casa de piedra. Recuerdo que en la entrada había un señor mayor sentado en un tronco, con aspecto de guardián, el rostro cubierto de arrugas, las manos gigantesacas sosteniendo un cigarrillo del que salía un humo espeso que describía espirales en el aire. Attilio era amigo de mi padre y parecía contento de vernos. Junto a la puerta de la casa había una enorme losa de piedra roja, una capa rocosa en la que se veían impresos discos y dientes afilados. Otras piedras oxidadas a su alrededor mostraban extrañas espirales, todas diferentes entre sí. Al notar mi curiosidad, Attilio se acercó a mí y me dijo: «Mira, ¿ves?, esta es la espina dorsal de un enorme tiburón del Cretácico, que existió en la época de los dinosaurios. Mientras que estas son las serpientes petrificadas por el diluvio universal».

Esta mezcla de ciencia y fábula me impresionó. Y me quedé sin palabras cuando me di cuenta de que tenía ante mí



En los montes Lessini se cuenta que el *Cóvolo* de Camposilvano inspiró a Dante para escribir el *Infierno*. Al fondo de la cueva uno se encontraba, en efecto, con un suelo de hielo, tal y como ocurre en la Tolomea dantesca.

a Attilio Benetti, el autor del libro que había acompañado mis sueños nocturnos. Sonriendo entre dientes para alimentar aún más mi inquietud ante aquella explicación, añadió: «Entra en el *Cóvolo* y mira el techo de la cueva, allí también verás espirales. Cuando vuelvas, te explicaré lo que son».

A diferencia de la Cueva del Zorro, con su oscuro y fangoso pasadizo de acceso, el *Cóvolo* de Camposilvano se abre con un enorme portal. Desde el bosque, se accede inicialmente a un vasto anfiteatro rocoso rodeado de muros de decenas de metros de altura. Avanzando por un sendero que serpentea entre grandes bloques de roca, se llega a la boca propiamente dicha. La visión es sorprendente, porque el encuentro entre el aire caliente del exterior y el aire frío que se estanca en la cueva hace que se condensen bancos de nubes danzantes que crean una atmósfera mística. Al descender más allá del umbral, el paso de la claridad a la oscuridad es gradual

y crea esos juegos de luz y color típicos de las grandes entradas rocosas. A lo largo de la pendiente de detritus que lleva a las profundidades, la luz atraviesa un frondoso bosque de helechos y emite reflejos de color verde, con rayos de luz que dibujan misteriosas figuras en las paredes húmedas.

En esa ocasión sentí una sensación de miedo completamente distinta a la que había experimentado en la Cueva del Zorro. Aquel paisaje subterráneo me atraía, era un miedo que no generaba rechazo. Recuerdo que una vez alcanzado el fondo a través de un camino entre rocas resbaladizas, me volví para mirar la luz que se desvanecía a mis espaldas. La vista de la cueva desde dentro era completamente distinta, tenía la sensación de haber entrado en un templo. Mi imaginación podía proyectar esculturas antiguas en cada roca, mientras que un bloque gigantesco en el centro de la sala subterránea me recordaba, por su forma, a una ballena. Más abajo, en la penumbra, se extendía una superficie de hielo que se perdía en la oscuridad. El frío era cortante y los rayos de sol que se filtraban entre los árboles a través de la boca de la cueva nos invitaban a regresar hacia la luz. Creo que fue en ese momento, al volver la mirada hacia la oscuridad, cuando me di cuenta de repente de que el miedo se entrelazaba con una enorme curiosidad por lo que pudiera esconderse allí abajo.

Lo entendería muchos años después al leer las palabras de Leonardo da Vinci, que un día se asomó a la entrada de una cueva oscura. De aquel momento nos dejó una de las más bellas representaciones del ser humano ante lo desconocido: «Inmediatamente surgieron en mí dos cosas: miedo y deseo. El miedo a la amenazadora y oscura cueva, y el deseo de ver si en su interior hubiera alguna cosa misteriosa». Es el miedo a lo que no puede verse, a lo no se conoce, a lo inimaginable. Pero es un estremecimiento seductor, porque en cuanto lo percibimos se enciende la curiosidad, la atracción por lo des-